

AUTORRETRATO CON ISLA

Inés Matute



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Y es sabido que cada uno lleva dentro su isla desierta.
José Antonio Muñoz Rojas. «Entre otros olvidos».

«Durante esa larga, despejada noche, Sarajevo estuvo iluminado por el fuego del ayuntamiento. Durante toda la noche estuvieron volando y cayendo en barrios lejanos mariposas carbonizadas o ardientes y pegajosas. Eran papeles y libros, el tesoro de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia-Herzegovina situada en el antiguo barrio sefardita. Por las calles y callejones cercanos bajaba la gente. La mitad de los habitantes del viejo Sarajevo, hambrientos e infelices, agotados por el asedio largo y cruel, corrían, indiferentes al peligro, a salvar el alma y el espíritu de la ciudad... No se pudo hacer nada. Desde un cerro cercano, cientos de misiles de artillería serbia cayeron sobre el techo del antiguo edificio, y cuando las llamas invadieron la Biblioteca, nadie pudo acercarse al edificio por el constante fuego de metralletas y morteros. Cientos de miles de libros, colecciones enteras de diferentes publicaciones, manuscritos, ediciones únicas, documentos irremplazables. Con el primer amanecer todo eso desapareció para siempre. Quedó destruido el más representativo y emblemático edificio de Sarajevo, que por sí solo representaba una historia reciente de esta ciudad, historia insólita y paradójicamente entretejida. Era un edificio magnífico, de forma triangular, con atrio octogonal rodeado de columnas monumentales de mármol. Fue construido en el siglo pasado imitando el estilo hispano-árabe que fue sistemáticamente introducido por la administración austrohúngara, enriqueciendo la arquitectura y urbanismo de las ciudades bosnias, ya muy pintorescas, con nuevos elementos de contraste y sincretismo...»

Iván Lovrenovic,

Director de la desaparecida Biblioteca de Sarajevo.

Mayo, 1993.

SIETE DE OCTUBRE. ¡UN RESPETO!

Quisiera contar que hace tiempo me sentí atraída por el ejército del terror, pero ignoro cómo hacerlo sin dibujar a la perfecta idiota. Tampoco tengo claro a quién dirigir mi confesión. Supongo que escogeré un nombre al azar, una dirección de correo electrónico, y ahí volcaré toda mi escoria –alguien diría *escoria librepensadora*, por más enfatizar– hasta quedar completamente limpia. La prudencia y mi experiencia como traductora de textos me aconsejan evitar un tono excesivamente confesional, huir de expresiones como «mi verdad». Nada de reminiscencias hitlerianas, tan manidas.

The Astronauts es una dirección interesante. Pertenece a una artista extravagante, una jovencita que, desnuda, se encarama a barras de labios gigantescas. El arte actuado y sobrevalorado. Luego posa como una escaladora, coronando el picacho de carmín con su cuerpo de liliputiense. Las barras de labios conceptuales sirven para realzar sexos ilustrados, a lo Louis Bourgeois o a lo Egon Schiele. A la desconocida la llaman la Madonna de Todas las Vanguardias, porque es camaleónica, exhibicionista y a su manera muy hermosa. Intrigada, me pregunto cómo se sostiene sin lastimarse, dónde se apoya, en qué hueso, en qué hueso o articulación. En realidad se llama Lola, pero podría llamarse Remedios, Carmen o Marifé. ¡No me extraña que quiera ser astronauta! Por dárselas. Por impresionar como impresionada a la crítica con el tamaño de sus barras color ciclamen. En su día, yo también quise impresionar. Por eso hice lo que hice. En eso me equivoqué.

La dirección, propiamente dicha, llega a mí a través de su marchante, porque ella, la astronauta, ni siquiera me conoce. Supongo que ahí radica mi mayor problema; en mi presente falta de identidad. Cómo voy a contarle al mundo que una vez fui una temeraria terrorista si a nadie le interesa, dado mi anonimato, mi porción de realidad. Para ganar credibilidad, debería empezar describiendo una pistola o la meticulosa preparación de un atentado; no una descripción general, que eso es algo que cualquiera puede hacer leyendo la prensa especializada o tirando de Internet, sino describiendo el peso y temperatura de un arma sobre la palma de una mano, morfológicamente adaptada a dicho peso y temperatura, lista para disparar. O desvelando los movimientos de los comandos, de tal o cual *talde*. No es difícil describir una *Star* del nueve largo, o incluso una *Kalashnikov*, pero nadie sabe de la contundencia y la seguridad que transmite al pulso una *Parabellum*, que no tiene nombre de tango, precisamente, pero que es la semiautomática más célebre de todos los tiempos y su mera presencia en tu vida te licua el forro de las tripas. Para ganar credibilidad también podría decir que tengo casi cuarenta años, que no desvarío y que mi coeficiente intelectual es sumamente alto. Esto último no merece mucho respeto, a fin de cuentas, sólo es una exageración, pero sí lo merece mi edad. Haber sobrevivido todos estos años y poder contarme los rasguños tiene su mérito. Yo lo veo como un plus, como el *cum laude* del aguante y la tenacidad.

Hurgando en mi memoria y aceptando de antemano que nada abriga tanto como un arma, rememoro el perfil letal y metálico de la pistola contra la piel de mi abdomen, el obturador articulado apretado bajo la cinturilla de mi primer *Levis* comprado en un bazar de Gibraltar. He pasado demasiadas horas mirándola, perdiendo el pensamiento en lo remoto, en las ganas de rezar. En esos momentos sin freno yo olvidaba que hubo un antes y procuraba no pensar en el después. Un instante de infelicidad y rabia de vivir, sólo eso era. También recuerdo un anillo de oro con tres piedritas rojas, el que luego copiaron para una mujer llamada Amaya, cuando la operación de riñón. Ese anillo se perdió. Recuerdo también el olor de la pólvora

colgado del aire, el galope desatado de la sangre y el eco lento que percute en las sienes como un redoble encabritado. Y el silencio de todo lo inanimado, las flores y el cerco ocre del paso del tiempo sobre el mármol de la mesa del salón. Pero con eso no basta para dar un golpe de efecto o para parir una verdad convincente, aunque la historia salga sola y ya me haya ganado un par de créditos y una chispa de respetabilidad. La existencia es un calidoscopio, dicen, y lo que da sentido a la ficción es la manera en que la luz ilumina las cosas. La mirada parcial, el modo oblicuo de observar y entender.

Ansiosa por desembuchar, decido prepararme un café. Un café embarrado, tipo turco, como me los preparaba él. En su tierra los preparaban así, sucios, dulzones, cargados. Lo de su tierra es importante, porque la acción saltará desde la isla a ese inhóspito lugar al que durante un tiempo llamé hogar. Lo del brebaje también es importante, porque en esta historia los líquidos tienen su importancia: Café, cerveza, gasolina, vino. El vodka absoluto. Los *Chaneles* y el agua bendita. El sudor y la sangre. El semen. La lluvia que todo lo iguala.

Siempre he pensado que hay bebidas que son como amplificadores de la vida, otras son meros decodificadores. El agua es neutra, ni quita ni pone, sólo deja las cosas en suspenso. O ahoga.

Cuando cierro los ojos veo siempre el mismo parque, un parque frío, sin más vida que la que aportaban tres críos rebozados en mocos y una hilera de árboles de hoja caduca. Un parque flanqueado por columpios dispersos que nadie utilizaba, cubierto por un cielo plano y mate como un forro gris. Los toboganes y los laberintos se descascarillaban como una uña enferma que se abre a capas. Los bancos y todo lo demás participaban de similar estado de decrepitud. No había cortinas. No podíamos jugar a correr y a descorrer, a ver o a dejar de ver. La realidad no se podía velar, pero algunos días, desde aquel privilegiado mirador, la desgracia se dejaba subrayar.

Cuando cierro los ojos me veo a mí misma reclinada sobre la ventana de la cocina, con la taza de café humeante entre los dedos,

muy pálida y ojerosa, preguntándome *y ahora qué*. También la cocina era pobre, la despensa no era más que una gran telaraña a la espera de una lata o un garrafón de vino que llevarse a los estantes. A la espera del fruto del estraperlo, de un inesperado brote *good luck*. Si me esfuerzo, aún consigo evocar mi silueta a contraluz, el rosario óseo de la columna y la espera tensa reflejada en la boca y los ojos enramados. Entonces él se colocaba a mi espalda y me abrazaba desde atrás. Yo notaba aquello entre las nalgas, cerraba los ojos y comenzaba a desear. Incluso me olvidaba, por un momento, de que estaba en Yugoslavia, de que la guerra era inminente y que yo tenía una misión que cumplir. Nada de turismo, nena, que no se trataba de unas vacaciones exóticas en las cloacas del continente. Era otra cosa. Sin yo saberlo, aquello, más que el principio de algo nuevo, era un final. No, yo apenas me parezco a aquella muchacha, ni siquiera me reconozco en su peculiar sentido del humor. Pero soy yo. Es el mismo pelo, los mismos muslos, la nuca azul siempre caliente. Yo, pero con deseos.

—¿Me esperarás?

—Siempre.

—Iremos a Suiza. Allí empezaremos de cero.

—Una nueva vida.

—Llena de oportunidades...

—¿Conoces Laussane?

Y todo eso sin tener ni idea de lo que se avecinaba.

Recuerdo que algo tan simple como conseguir un litro de leche resultaba a menudo imposible. Por decisión del gobierno, toda la leche se destinó a la elaboración de quesos y cuajadas. En la cooperativa bromeaban a mi costa, imitando la gravedad de mi voz. Leche. *Mleko*. Cada mañana la solicitaba con la torpeza de mi pronunciación extranjera, silabeante como la Bora que soplabla sobre el Adriático los días de dureza norteña. Para ellos yo era la extranjera del médico del tercero, la españolita tonta —algunos me creían italiana— que compraba el pan equivocándose en el recuento de

dinares. Una rara criatura, escalofriada y pulida de fiebre. Jamás vieron al fatalista griego que llevo dentro, jamás vieron el rostro de mi yo más expeditivo. Jamás. Yo no se lo permití.

—En castellano, previsión y provisión se dicen casi igual. Son palabras hermosas. Nada que ver con *foresight*, *forecast*, *stock* o *supply*. Al inglés le sobra literatura y le faltan palabras, ¿No crees?

Cada mañana, yo me despertaba con un radiante y almibarado *no*. Por eso tomaba el café solo, sin molestarme siquiera en lavarme la cara. Solo o con leche evaporada, si el mercado negro nos abastecía. En nuestro día a día todo escaseaba o se apuntaba en una lista que desaparecía de la vista antes de que alguien la echase de menos o tuviese ocasión de anotar un artículo que nos pudiera comprometer. Así las cosas, pronto comprendimos que aquel país estaba a punto de perder el nombre, la identidad, sus vacas y su noción de futuro. De Eslavia sólo quedaría el Yugo, campos de cruces y una enorme deuda histórica que aún hoy nadie está dispuesto a saldar.

—¿Me esperarás?

—No puedo hacer otra cosa.

—Puedes volver a España.

—¿Para qué? Euskadi no es España, no lo olvides. Allí las cosas no están mucho mejor.

—Eso. Para qué.

—¿Para llenar el buche?

—¿Cómo decís vosotros?

—*Contigo pan y cebolla*.

—¡Olvídate del pan!

Los ojos del puente sobre el río nos observaban con curiosidad.

Por no entrar de lleno en el relato, algo que admito me provoca cierta inquietud, hojeo un suplemento dominical de cremas, esperpentos de pasarela y otras modernidades. Un reportero entrevista a Miriam Ocáriz, la diseñadora vasca que triunfa en la Pasarela Cibeles con unos vestiditos de corte asimétrico. Miriam nos muestra un

Bilbao crecido y muy diferente del que yo conocí. Otro del que huí. El hábitat ideal de los emprendedores, de los que tienen ideas propias y cuatro euros en el bolsillo para nueva cocina vasca y unas botas de *Pirelli*, el de las llantas, que ahora fabrica calzado extraterrestre y dicen que no lo hace del todo mal.

¡Qué fotografías tan raras, qué limpio y favorecido está todo, qué poco queda del espíritu industrial que nos marcó los huesos y colgó de nuestra mirada virutas de ferralla! En cierto modo todo me parece mentira, irreal. Y me siento agraviada. Por eso corro al arcón y busco los mazos de cartas que escondí bajo las cajas de puros. Por apuntalar la historia, para que cuajen los recuerdos en el centro achicado de mis ojos. Son manojitos de cartas apretadas por sendos lazos amarillos, enfermos y moteados de humedad.

Tras mi gesto se esconde una autenticidad imperativa. Autenticidad envuelta en un aire sellado, caduco, en el hálito de un tiempo que no ha de volver jamás. De su puño y letra. Remite: Ethem Radovic. Hospital de Sesveti, departamento de...

Luego existió.

Toco las cartas con suma delicadeza. Lo hago para asegurarme de que realmente han pasado veinte años. Esa es la razón de tanta limpieza, de esta morosidad narrativa.

El futuro, esa plaza incierta, por fin ha llegado.

Con su decepción.

OCHO DE OCTUBRE. PALABRAS: LA MONEDA DEL TRAYECTO

—¿Crees que llegaremos?

—¿Adónde?

—Adónde no, a cuándo.

—¿Al futuro?

—Sí.

—No lo sé. El tiempo no es de nadie.

Bonita observación.

Sin esforzarme demasiado, aún conservo, en el interior de mi cabeza, la imagen de aquellos niños con sus impermeables pobres, el diseño de un aparato de aire acondicionado ruidoso y anárquico, puro nido de bacterias. Me veo a mí misma con un clavo en la mano, rascando mi nombre en la roña añeja de la pata de un tobogán. Mi nombre y la fecha, por dejar constancia de mi paso por allí. Por si acaso, porque odio los anacronismos y porque, según él, el futuro nadie lo tiene garantizado. De igual modo solía hacerlo en la puerta de los váteres públicos, con un rotulador negro de punta chata que olía de un modo penetrante. Luego bombardearon la ciudad y ya no quedó puerta ni nombre que me recordase. Supongo que también murió la gente que pudo saber algo de mí, la *italiana* ingenua a la que sisaban en la cooperativa y que nunca aprendió a decir «floración».

La puerta de la taberna de Malik. ¿Qué habrá sido de la camarera pelirroja que se dejaba hacer a cambio de un cartón de tabaco? ¿Dónde están aquellos hombres de andares sonámbulos y mira-

da rapaz? La puerta del servicio del bar de Milorad, astillada y gris. Ahí estampé un corazón y dos iniciales. Evité la fecha sin saber que ocho dígitos hubieran datado el final de una época y el inicio de la convulsión.

—¿Ya te aclaras con el cambio?

—Más o menos. Hasta la semana pasada, todo eran liras y francos, la moneda del trayecto. Dame tiempo.

—Algún día, toda Europa se manejará con una única moneda.

—No digas tonterías. Además, tu país nunca será Europa. Siempre será esa cosa intermedia, a camino entre el mundo civilizado y el bárbaro, entre el Pato Donald y el *koljós*.

—¿El *koljós*? (Contrariedad). El *koljós* entra en la categoría de empresa capitalista privada en su variedad cooperativa, donde el cooperativista koljosiano resulta ser a la vez que trabajador, burgués industrial, comerciante y eventualmente especulador... ¿no te lo enseñaron en el colegio? (Nuestras referencias no eran las mismas, del pasado, nada había en común.) Por cierto, ¿te quedan liras?

—No demasiadas. ¿Por qué?

—Podemos ir a Trieste. Sólo son tres horas por carretera. A comprar. Pararíamos en Ljubljana...

—Lo cierto es que no echo de menos los lujos de occidente.

—Tú verás.

—Pero quiero leche. Un capuchino con mucha espuma en el bar de la estación. Eso estaría bien. Y chocolatinas. Doblones de chocolate. Y un jersey suave de color morado.

—¿Morado?

—El morado reconcilia el azul de la tristeza con el rojo de la pasión.

—Eso es el malva.

—El color del remordimiento.

Está claro que el doctor era un visionario, y que servidora era tonta. O bien estaba muy enamorada, estado que devenga, entre otras molestias, rojeces, calentones, optimización vascular, reflujo,

patinazos del intelecto y, en algunos casos, pérdida capilar. Estado que nos impulsa a desatender ciertas obligaciones, ciertos compromisos. Objetivamente, no parece el estado ideal.

—Quiero que conozcas la semana santa en mi tierra. Los capirotes, los nazarenos, los tambores de la solemnidad. Ya verás qué cosa tan barroca, tan demodé.

—¿En tu tierra? (*At home, chez nous, etcetera.*)

—Bueno, en España. Ahí me has pillado.

—Doña Contradicción.

—Don Puntilloso (*¿Cómo se dice eso en inglés? Mr. Painstaking?*)

El doctor ahora está divorciado, tiene dos hijos y varias mascotas exóticas de inexplicable procedencia. El chico mayor se parece a él —los ojos rasgados, las cejas a lo Salman Rushdie, la boca gruesa y bien perfilada— pero el pequeño es un coquito orejado. Me alegro de que no sean mis hijos, son demasiado feos. De lo que no me alegro es de que las fotos me lleguen por correo electrónico. Eso quiere decir dos cosas: que la tecnología ha superado a las vacas y que volvemos a vivir en mundos distintos.

Antes también vivíamos alejados, pero a nosotros nos daba igual. Las diferencias nos resultaban atractivas e inevitablemente nos impulsaban a indagar. *¿A qué sabe un «burek»? ¿Por qué los médicos de este país orinan en el lavabo? ¿Por qué aborrecen el frío industrial? ¿Por qué son tan grandes los ascensores? ¿Por qué llaman «búlgaros» a las cosas feas o muy rudimentarias?*

Atrapados entre dos silencios, el silencio del mundo y nuestro propio silencio interior, nos gustaba jugar con las baratijas de un mercado desconocido, con ínfulas de bazar. Del contraste y la inicial sorpresa, a la necesidad de saber más. Con el tiempo, las diferencias llevaron a su país a la guerra. Las diferencias acabaron con nuestras vidas y nunca nos dieron de comer.

—He pensado un sistema para que tú aprendas mi idioma y yo el tuyo. (Entre nosotros, siempre hablábamos en inglés.) Cada día, colgaremos una palabra de la puerta de la nevera —propuso mos-

trándome un imán en forma de piña—. A su lado, tú escribirás la palabra en castellano, y yo en mi idioma. ¿Te parece bien?

La voluntad de aprender implica un estado receptivo, un interés por compartir, por explorar y abrirse a lo que venga. Carta blanca al imprevisto. Por eso cuesta tanto arrancar.

Nuestra primera palabra fue belleza. *Beauty. Ljepota.*

La escribimos en un *post it* rosa que yo traje de España en honor al trasvase cultural. También les llevé una pistola-encendedor, varios pins de *Los Ramones* y un paquete de caramelos de *Solano*, tonterías, en fin, cosas que sólo supusieron un relámpago de novedad.

Recuerdo ahora su caligrafía, picuda e ilegible, evolucionada. La tarde que tomamos la decisión de mejorar nuestras vías de entendimiento fue una tarde con arco iris. También recuerdo que en el parque los niños repetían, una y otra vez, la misma cantinela. La melodía, *esa* melodía, me persigue.

—¿Y en euskera, qué? —Pregunté mientras rellenaba un pollo con ciruelas negras.

—¿Qué de qué?

—Que casi hemos liado una guerra por esto, por defender nuestra identidad. Nuestra particular guerra de los treinta años.

—Ya. Y tú, de mamporrera del poder.

Mis aficiones políticas me habían vuelto obsesiva, monográfica; de la insinuación a la insistencia, sólo median dos semanas. *Mamporrera*. Una palabra que implica un dominio del lenguaje, un cierto control conceptual.

—¿Qué estás sugiriendo, estúpido ignorante?

Él me miró con indulgencia; yo le devolví una mirada resistente. Luego me alzó por los aires. En la pechera de su bata había manchas de sangre seca, extraños mapas terrosos. Cada día, todos los días. La bata ideal para un anuncio de detergente, para ejemplarizar la blancura azulada de después del jabón. En ese instante los relojes borraron sus horas y yo dejé de reivindicar.

—Las palabras son el ADN del alma.

–Una definición muy científica, propia de un médico.

Palabras. ¿Sabes, doc? Euskadi nunca tendrá moneda propia. Europa, sí. Yo no tendré hijos. Tú sí. Hijos sudafricanos, cultivados en un pisto de lenguas raras, instruidos en otro continente. Políticamente correctos y por ello desaprovechados. Tus hijos no sabrán nada de tu pasado. Yo sí. Yo lo habité. Eso es la esencia.

O la esencialidad.

Antes mencioné un pollo, pero podría haber mencionado cierta paella que elaboré para los médicos del hospital de Sesveti. Nunca fui una gran cocinera, pero, en aquel momento, cada pequeño gesto trabajaba a mi favor. Para reunir los ingredientes, necesité Dios y ayuda. Imposible encontrar azafrán y pastillas de *Starlux*. Para el caldo, aparté dos hormigas y usé los posos de un tarro de *Bovril*. Pero a ellos les supo bien. De hecho les supo a gloria, y a mí me dejó una marca en la muñeca izquierda que duró una eternidad. Me quemé con la parrilla superior. Una pequeña cicatriz oscura, luego rosada, que manchó mi carne varios años y que yo ocultaba bajo la correa del reloj. Desapareció el mismo día en que él me telefoneó desde Johannesburgo para anunciarme su boda con Delphine.

–Es francesa, de Versailles. Es enfermera. Se llama Delphine.

«Cambia lo que puedas cambiar, acepta lo inevitable y sé suficientemente lista para ver la diferencia» Pensé yo.

–Rubia con ojos azules, ¿a que sí? Lo opuesto a mí, ¿a que sí? Para vivir, tú necesitabas lo opuesto a mí.

–Grises. Tú siempre los tuviste rojos. Lo opuesto a ti.

Yo aguanté el tipo, intuyendo el epílogo. Su voz era la voz que los protagonistas de las películas se reservan para la escenita final. Enfermera. Muy propio. El roce hace el cariño, y hay muchas enfermeras en la historia del roce. Ni siquiera me molesté en indagar si aquella era una boda por amor o por descuido. Ni siquiera me molesté. Para qué. La distancia entre nosotros cobró cuerpo en ese mismo instante. En ese momento él se desterró a Sudáfrica y yo me convertí en isla. No, no podía ser una boda por amor. Eso jamás.

–Enhorabuena. Espero que hayas acertado.

–Es un riesgo que todos deberíamos correr, antes o después.

–Yo no estoy tan segura.

La marca desaparecía ante mis ojos como una cicatriz fantasma. Hasta entonces yo no había creído en esas cosas. Me parecían algo propio de mentes simples, de seguidores de Jiménez del Oso y del tipo aquel que decía venir del planeta Raticulín.

–¿Y tú? ¿Has dejado la militancia?

–Naturalmente. (Y por una vez, no mentía.) Yo también me he hecho mayor.

–¿Planes de boda?

–No. Las bodas y los bautizos no caben en mi cabeza.

–*No room for happiness.* Veo que no has cambiado.

–¿De veras? Sólo hay que poner un día detrás de otro, aun sin vivirlos. Ese es el sistema, doc.

Entonces observé mi mano, una mano morena que temblaba a tres palmos del auricular. La cicatriz de la muñeca no era la única marca que, como los anillos de los árboles, delataba mi edad, la vida vivida y sin marcha atrás. Dos años antes, había perdido un dedo manipulando explosivos. Estuve ciega varios días, con una banda roja sobre los ojos. Supongo que pudo haber sido peor.

–Hay cosas que no cambian, sentimientos que no cambian.

–Pero se enfrían, y el corazón cede. Al final... las cosas buenas siempre se evaporan.

–Escucha: «Te veo luchando por contener tu fuego, con tu vestido de punto y tus pupilas, finas joyas talladas, llenas de otro fuego de lágrimas; realmente son grandes rubíes agitados en un cubilete de dados y entregados a mí».

–Ted Hugues. El día que nos conocimos. El pub se llamaba el «Golden egg» y olía fatal.

–¡Buena chica!

–En realidad, buena memoria. Mi memoria será mi perdición.

Tres palabras: Versailles, enfermera, Delphine. Tres palabras pronunciadas con resignación, como si las cosas fueran así y ya no pudieran ser de otra manera.

Colgué sin ganas de llorar. A fin de cuentas, cada uno es dueño de su destino. Luego acaricié mi muñeca, mi nueva muñeca sin historia. Dicen que, en última instancia, el destino es el carácter, algo que conformamos con cada pequeña y aparentemente irrelevante elección.

Pero, ¿qué es la metaliteratura? Seguramente más de uno correrá a buscarme en la contraportada de este libro, me contará los dedos y buscará la interferencia delatora de una realidad alternativa. Pero no la encontrará. Bien que me cuidaré yo de proporcionar al editor una imagen en la que no aparezcan mis manos, en la que los ojos mientan en mi beneficio. De hecho, nadie dice que metaliteratura sea sinónimo de metarealidad. Ni que la página que en este momento tengo frente a los ojos sea la de Miriam Ocáriz llevándose un pincho a la boca mientras promociona el nuevo Bilbao, el de la alcachofa de titanio y las fachadas relucientes sobre el muelle de Abandoibarra. O que sea una pantalla de ordenador sobre la que escribo un e-mail dirigido a Lola, la artista astronauta, o a ti, que me lees con escepticismo, dudando de mi filiación. Pero, ¿sabes?, a veces aún siento ese dedo, su presencia casi sólida. Y también siento, como un calor ectoplásmico, el olor de esa paella y el escozor en la muñeca de mi nueva piel.